

cerle poner mano en los negocios públicos; pero sólo había encontrado retóricos, instruidos en las formas de la república antigua, sin saber otra cosa, y no pensando más que en hacer vano alarde de palabras, que respiraban dignidad, como en la época en que sus ascendientes decían á Pirro: *Sal ante todo de Italia y trataremos luego.* Cuando Estilicon propuso las pretensiones del rey godo, clamaron los senadores que era indigno de la majestad romana comprar á un bárbaro una paz incierta y vergonzosa. El general que sabía, no lo que traían á la memoria los libros, sino lo que reclamaba la cobardía de la corte de Rávena, redujo al silencio á aquel intempestivo patriotismo, y los atrajo á consentir en que se entregaran 4,000 libras de oro á Alarico, á fin de que defendiera las fronteras de Italia. Osa protestar contra esta concesion el senador Lampadio, clamando en alta voz: *Eso no es una paz, sino un contrato de esclavitud;* y no logró escaparse de las consecuencias de su audacia más que buscando asilo en una iglesia.

Sin embargo, no resonó sin eco aquella voz generosa. Efectivamente, el Senado retrocedió en punto á lo que había decidido y se mantuvo firme en su negativa, oponiendo de este modo una resistencia desusada á la voluntad del general omnipotente. Irritadas las legiones al verse pospuesta á los bárbaros, prestaron apoyo á la resistencia de los senadores. Hasta el mismo Honorio había sido prevenido contra su ministro á causa de que le presentaban á sus ojos como animado del pensamiento de mantenerle siempre en tutela, dado que no se pusiera obrar de modo que pasara la corona á las sienes de su hijo Eucherio. De consiguiente, bajo la influencia de Olimpo resolvió ejercer en realidad un poder, que no poseía más que el nombre, y jugar á su tutor una mala pasada. Con esta idea se dirige al campamento de Pavía, compuesto de tropas romanas hostiles á los bárbaros, y á una señal convenida, manda degollar á todos los amigos de Estilicon en unión de otros muchos *ilustres*, y saquear sus moradas.

Los caudillos de las bandas cuya fortuna estaba ligada á la de Estilicon, le pidieron con unánimes voces que les guiara contra aquellos afeminados romanos. Si les hubiera prestado oídos, hubiera podido justificarle el buen éxito

de la empresa; pero ya fuese por vacilacion ó por una generosidad que le hiciera preferir su ruina á la pública desgracia, rehusó ponerse en movimiento y le abandonaron los descontentos auxiliares. Uno de ellos asaltó su tienda, pasó á cuchillo á los hunos que tenía para su custodia; y Estilicon, consiguiendo escaparse, acogiéndose en Rávena al pié de los altares. Hizose uso de la perfidia para arrancarle de su asilo, luego se le presentó el decreto que le condenaba á muerte y la sufrió con no menos dignidad que serenidad de ánimo.

Apenas había terminado su existencia, aquellos mismos que pocos dias antes incensaban al ministro guerrero, le acriminaron enérgicamente llamándole traidor y parricida; hubo competencia sobre quien denunciaria á sus amigos, mientras que éstos se apresuraban á esconderse. Olimpio, principal motor de la intriga que acababa de causar la pérdida de su bienhechor, exageraba á Honorio el peligro de que se había libertado en aquel momento, y le agriaba contra la memoria del salvador del imperio, tratado de enemigo público desde entonces. Arrancado del recinto de una iglesia su hijo Eucherio, fué asesinado; y Termancia, su hermana, que había sucedido á María en el helado lecho de Honorio, fué repudiada virgen como ella. La firmeza con que los amigos de Estilicon soportaron el tormento y la muerte, hizo que se tuvieran por ciertos sus servicios y su crimen por dudoso. Se le acusó de estar en inteligencia con los bárbaros, él, que no supo más que vencerlos en el curso de los veintidos años que estuvo al frente de las tropas; de destinar el trono á su hijo Eucherio, él, que no le dejó hasta la edad de veinte años sólo de humilde tribuno de los notarios; de meditar en el restablecimiento del paganismo, él, que educó á sus hijos en la religion cristiana y fué odioso á los ojos de los gentiles porque había entregado á las llamas los libros sibilinos, aquel oráculo del capitolio, y porque su esposa había quitado un collar á Vesta, aquella protectora de Roma.

CAPITULO VIII.

Alarico y los italianos.

Una vez roto el dique se desbordó el torrente; si aún quedaban algunos obstáculos, pare-

ce como si Honorio se hubiera complacido en destruirlos, licenciando á los más valientes de sus defensores, sólo por la razon de que eran idólatras ó arrianos, y sustituyéndolos con oficiales tan menospreciados por el enemigo como odiosos á los soldados. Los auxiliares que echaban de ménos á Estilicon, no eran contenidos en su deseo de venganza más que por el temor de comprometer su familia y sus riquezas, cuyo depósito habían confiado á las plazas fuertes de Italia. A pesar de todo, Honorio mandó que aquellos preciosos rehenes fueran degollados en un mismo dia, y que los bienes de las víctimas fueran confiscados. Entonces treinta mil auxiliares, cuya cólera y cuya desesperacion no reconocian ya freno alguno, se pasaron á las filas de Alarico, y el júbilo de éste fué imponderable cuando se apercibió de que la corte imperial procedía por este medio en obsequio de sus intereses. Envalentonado con la caída de Estilicon, á quien respetaba y temía; irritado á consecuencia de algun atraso en su sueldo, impelido por las instigaciones de aquellos que acababan de perder lo más querido que poseían en el mundo, demandó el bárbaro satisfaccion al imperio, bajo amenaza de guerra. Se le expidieron embajadores para aplacarle, y cedió al cabo; pero interpretando los romanos la moderacion por miedo, no se ocuparon de aceptar sus condiciones, ni de reunir fuerzas. Ya Alarico no quiso oír hablar siquiera de fé ni de amistad, y se puso en marcha. Desde la cumbre de los Alpes Julios muestra á los ojos de sus guerreros las delicias del clima italiano, sus opulentas ciudades, sus fértiles vergeles; les recuerda les despojos del mundo acumulados dentro de Roma por trescientos triunfos, y persiste en la facilidad de apoderarse de ella. Muy pronto caen en su poder Alquilea, Albino, Concordia, Cremona; nuevos aliados se agrupan cotidianamente en torno de su bandera, que ondea orgullosa á la vista de Rávena, infundiéndola espanto. Costea el Adriático, y tomando posteriormente la vía Flaminia marcha de ciudad en ciudad, sin que descargue un sólo golpe hasta levantar sus tiendas bajo los muros de la antigua soberana del mundo. Un ermitaño pretende sosegar su furia, y Alarico le responde: *No puedo detenerme, Dios me empuja hácia adelante.* De igual mane-

ra mil años despues enviaba Mahoma á despertar á su visir en el curso de la noche, y le decía: *Te pido Constantinopla: me sería imposible conciliar el sueño sobre esta almohada: Dios quiere entregarme los romanos.*

Ya estaba muy léjos el tiempo en que el pueblo romano se alzaba como un sólo hombre contra Anibal ó contra Pirro, en que todos, desde el plebeyo más humilde hasta el dictador y los personajes consulares corrian en pos de la muerte ó la victoria. Había perdido el imperio sus mejores provincias; quedaron las otras tan despobladas, que los emperadores tuvieron que trasladar allí enjambres de bárbaros. Ya Nerva concedía tierras en vez de subvenciones antes convenidas. Marco Aurelio estableció en el territorio sometido á Roma un gran número de marcomanos. Pertinax daba tierras á todo aquel que queria dedicarse á su cultivo. Constantino autorizó á sus veteranos para que le pidieran en recompensa las que se hallaban vacantes en el punto que mejor les conviniera. Valentiniano les permitió desmontar en todas partes las que estaban incultas; de veinte y cinco mil porciones de terreno sometidas á tributo en el pais de los eduos, hubo de eximir siete mil Constantino; Honorio cinco mil setecientas tres del Africa Proconsular, y siete mil seiscientas quince de las quince mil setenta y cinco de la Byzácene, en razon de haber sido abandonadas.

Con especialidad se hallaba despoblada desde el tiempo de los primeros emperadores, por las causas que en otro lugar hemos enunciado. A fin de no degenerar de su clase, aplicándose al comercio y á la industria, convertían los ricos en tierras sus capitales. Saliendo de esta suerte de manos de los pequeños propietarios, se aglomeraron en inmensos dominios, particularmente á contar desde el momento en que decretara Trajano que, para aspirar á los honores, se necesitaba que el pretendiente tuviera por lo ménos las tres cuartas partes de su patrimonio en Italia. En su consecuencia, acabó de desaparecer definitivamente la clase más numerosa y más vital, de los pequeños propietarios, y la poblacion agricola fué sustituida por una cantidad menor de esclavos. Pero tambien esta clase desventurada disminuida de una manera considerable, ora porque los emperadores no tras-

ladasen á todos los prisioneros á Italia, desde que habia dejado de ser considerada como cabeza de Estado, ora porque en vez de hombres de robustos brazos idóneos para manejar la reja del arado, se buscaban con interés esclavos afeminados que siguieran ciento á ciento á través de las calles á sus amos y á las mujeres de éstos.

Opulentas en otro tiempo las llanuras de Italia, de fecunda y lozana hermosura, se habian transformado en vergeles y en parques, á causa de que los propietarios contaban con los trigos de Africa y de Egipto; por eso siempre que se hallaba interceptado el paso por las escuadras enemigas, ó por los tiranos del país, ó por los temporales, era Italia víctima del hambre. Cuando posteriormente fué dividido el imperio, no sólo dejó de percibir esta region los tributos del mundo, sino que ella misma quedó sujeta al impuesto, vino á ser entonces semejante á aquel que, acostumbrado á la prodigalidad en la mansion de viados á los magnates, se encuentra de repente sin apoyo, pobre, inerte y echado á perder por la costumbre.

Hallábanse agotadas las fuentes de la vida por placeres excesivos ó infames; un cálculo voluptuoso alejaba á los ricos del matrimonio; la necesidad apartaba de este estado á los pobres; así Constantino otorgó grandes privilegios á todo el que contara siquiera un hijo. Durante cierto tiempo, más distante de la corrupcion la Galia Cisalpina, habia conservado algun vigor; pero cuando se hubo establecido en Milan y despues en Rávena la córte, las magnificencias del lujo engendraron la inmoralidad entre los habitantes de aquel territorio; hija fué allí la ociosidad de las liberalidades, y la intriga de los empleos. Acudió á aquel punto el pueblo atraído por el poderoso aliciente de una existencia amenizada con donativos; desamparó los trabajos de los campos, y miró con hastío la honradez de la familia y la ruda sencillez de la aldea.

Muchas veces ejerció la peste en la Península sus estragos; la que desoló á Roma en tiempo de Tito hizo sucumbir á diez mil personas en un solo dia. Despues fué traída de Oriente por el ejército de Lucio Vero; luego se sintió nuevamente en tiempo de Cómodo, y tambien muy á menudo en el siglo V.

Tres guerras civiles habian traído consigo una grande efusion de sangre en la Italia Septentrional en la época de los treinta tiranos; otras tres habian estallado en tiempo de Maxencio; tres bajo el reinado de Constantino; dos á la muerte de Graciano y de Valentiniano II; por último, los bárbaros no respetaban ya de ningun modo la barrera de los Alpes, y arrebatando esclavos y rebaños dejaban detrás de sí un inculto desierto.

Diversos emperadores habian aspirado á comunicar nueva vida á Italia, ora con el auxilio de las colonias militares, ora trasladando habitantes á su territorio. Aureliano distribuyó prisioneros en el país comprendido entre los Alpes Marítimos y la Etruria (270) á fin de que plantaran allí viñas, cuyo producto debia servir para las liberalidades que se hicieran en lo sucesivo á la muchedumbre romana. Valentiniano dirigió antes que otro alguno hácia el Po (377) los alemanes cogidos á orillas del Rhin; taifalos y ostrogodos fueron enviados á las cercanías de Parma, de Reghio, de Módena, por Graciano. Pero áun estos recursos, que no podian reparar el daño, cesaron desde que Italia no fué la única poseedora de los cautivos germanos ó persas, y cuando habiendo sido completamente suprimidas las exenciones del impuesto, no fueron ya impelidos por el interés los veteranos á establecer sus colias más acá de los Alpes.

San Ambrosio escribia en aquella ocasion á Faustino: «Al partir de Bolonia dejaste en pos de tu huella á Glaterna, á la misma Bolonia, á Módena, á Reghio; tenias á la derecha á Brixillo, delante de tus ojos á Plasencia, cuyo nombre recuerda en la actualidad únicamente su celebridad antigua; á tu izquierda excitaban tu compasion los incultos Apeninos, y al contemplar las aldeas llenas en otro tiempo de un pueblo tan floreciente, se comprimía tu corazon viendo los restos de tantas ciudades medio arruinadas y cubriendo la muerte tantas campiñas.»

No se hallaba en condicion más próspera el Mediodía de Italia, á juzgar por el texto de una ley de Honorio (395), que descargó del impuesto quinientas veintiocho mil cuarenta y dos fanegas de tierras baldías en la comarca á que su fertilidad ha valido el nombre de Tierra de Labor.

Bandas de bandidos andaban errantes con osadía por aquellos vastos desiertos. Ya en los tiempos antiguos habian infestado los caminos; multiplicáronse durante las guerras civiles, y esta calamidad fué empeorándose en lo sucesivo. A principio del tercer siglo, un jefe, llamado Bulla, desolaba la Italia Inferior á la cabeza de seiscientos bandidos; y Séptimo Severo no empleó ménos de dos años en vencerle. Hizo posteriormente el mal tantos y tan rápidos progresos, que Valentiniano I adoptó la resolucion de desarmar así á la Italia como á las provincias; nadie podia gastar armas sin expreso permiso; nadie, á excepcion de los señores, estaba autorizado para montar á caballo en el Piceno, en la Flaminia, la Apulia, la Calabria, los dos Brucios, la Lucania, el Samnio, y más tarde ni áun en las cercanías de Roma. Precaucion extrema que atestigua lo grave del mal, y que arrebatava á la poblacion tranquila todo medio de defenderse contra los que osaran hacer frente á la ley. Como las bandas que desolaban el país se componian principalmente de pastores, Honorio decreto que los que les dieran á criar sus hijos, serian considerados como mantenedores de inteligencias con los bandidos.

Muchos individuos se veian impulsados á agregarse á ellos en los caminos y en la espesura de los bosques á consecuencia de la ávida tiranía de los agentes del fisco. Efectivamente, el mismo Valentiniano III proclamó por una ley que la vigilancia más activa y escrupulosa no era suficiente á oponer obstáculo á la malignidad de sus dependientes, y que algunos de ellos, bajo pretexto de deudas atrasadas, exigian al país rescates, y molestaban á los habitantes con extorsiones, encarcelamientos y suplicios.

En su consecuencia muchas personas procuraban sustraerse de la desgracia de poseer bienes raices, y se refugiaban dentro de Roma. Aún se juntaban allí el exceso del lujo, de la corrupcion y de la miseria. No sabian los patricios más que envanecerse por contar una larga série de abuelos, y no podian oponer á las austeras virtudes de sus predecesores otra cosa que un fausto siempre en aumento á medida que iba en disminucion su importancia política. Ahora que el nombre de Senado ni áun siquiera indica el primer cuerpo de la capital de

un imperio, opulentos senadores ocupan palacios que se podrian calificar de barrios enteros y hasta de ciudades y que encierran en su recinto templos, plazas, hipódromos y bosques. Del mismo modo cabia denominar á sus dominios provincias, puesto que algunos de ellos sacaban el producto anual de cuatro mil libras de oro, con una tercera parte del valor en especie, es decir, una renta de cuatro millones y medio. Apenas se hubiera juzgado digno de pertenecer á esta clase al que solamente hubiera poseido mil ó mil quinientas libras de oro para sustentar los templos y el fastuoso brillo. Paula, aquella piadosa amiga de San Jerónimo, contaba la ciudad de Nicópolis entre el número de sus propiedades, y los hijos de Alypio, de Simmaco, de Máximo, gastaron en las solemnidades obligadas del año de su pretura, uno dos mil y los otros cuatro mil libras de oro en seis ó siete dias.

Estas enormes riquezas eran disipadas en frivolidades, en llenar las casas de vajilla de plata, en multiplicar sus propias imágenes en bronce y en mármol revestido con hoja de oro, en recargar con ornamentos los carros así como las vestiduras de púrpura y de seda, que abriéndose de intento, dejaban ver suntuosas túnicas sobre las cuestas estaban bordadas figuras de animales. Cada senador llevaba en pos de sí unos cincuenta esclavos y bufones, y á su cabeza iban cocineros, parásitos, eunucos de todas edades, líbida la tez y pálido el rostro. Aquellos Anicios, aquellos Petronios, aquellos Olybrios, cuyo patriotismo se reduce únicamente á hacer vano alarde de un árbol genealógico, lejos de lanzarse á la carrera de las armas, ni áun siquiera toleran que se aliste en el ejército á sus criados; y cuando Honorio quiere contemplar su hueste con esclavos, abruma con sus quejas á la curia, alegando que preferien pagar una cantidad en oro; de tal modo atendian con más empeño que á la salvacion comun á verse rodeados de una espléndida comitiva.

¿En qué empleaban, pues, su vida? En sustraerse á todo cargo público, á toda ocupacion doméstica; en pasar todo el dia en los baños, y en deshacerse en chismes y murmuraciones en medio de reuniones de ociosos. Cuando salian era sólo con el objeto de ver á sus esclavos ca-

zar fieras, ó para embarcarse en el lago Lucirino y establecerse en sus casas de recreo con una multitud de jóvenes esclavas, de eunucos, de servidores. Si va alguno á visitarles, no es anunciado por el que tiene á su cargo el servicio de la cámara hasta que el amo se ha lavado desde los piés hasta la cabeza. Si un esclavo tarda más de lo que le parece regular en llevarle el agua tibia para las abluciones, se le administran trescientos latigazos. El soberbio patrono sólo da á besar su rodilla ó su mano á los clientes que van todavía á rendirle homenaje ó recibir sus promesas. Pero no cuenten con ganarse su privanza si no son hábiles en las artes de la lisonja, en tocar instrumentos y en el canto; si no saben aventurar toda una herencia á una suerte de dados, sacar auspicios y practicar el arte adivinatorio.

Todo el que se acerca á aquella ciudad, próxima á perder el cetro de la fuerza para empuñar el del pensamiento, ve por todas partes la magnificencia, la servidumbre, la muerte; campiñas abandonadas y voluptuosos parques; soledad y rebaños de esclavos; despues suntuosas casas de recreo y arrabales que son ciudades, caminos eternos guarnecidos de monumentos y que desde el Clide y desde el Eufrates van á desembocar en el Foro, el cual brinda más asunto á la historia que reinos enteros.

Tenía entonces el recinto de Roma trece millas de circunferencia; entrábase en la ciudad por treinta y siete puertas, á las que correspondían otros tantos arrabales, que prolongaban la ciudad hasta la orilla del mar, hasta los montes de los sabinos, y atravesaban el Lacio y la Etruria. Siete puentes echados sobre el Tiber, veintisiete calles principales, ocho campos de ejercicios, diez y siete plazas, además de numerosas callejuelas, facilitan las comunicaciones interiores. Diez y nueve acueductos, de los cuales tenía cada uno la suficiente anchura para que se pudiera galopar á caballo por encima y recorrer interiormente en una barca; llevaban desde la distancia de treinta ó cuarenta millas una agua abundante á mil trescientas cincuenta y dos fuentes; había quince más suntuosas que las demas y construidas con sumo arte, sin mencionar tampoco las cisternas particulares y los manantiales.

Dos capitolios, cuatrocientos veinticuatro

templos, catorce bosques sagrados, tres curias para el Senado, diez y siete basílicas para los negocios públicos y para fallar acerca de las querellas privadas, veintinueve bibliotecas, ocho circos, dos anfiteatros, seis palenques para los gladiadores, cinco para las naumaquias, diez y seis termas públicas, ochocientos cincuenta y seis baños no gratuitos, dan testimonio de la grandeza de la ciudad reina del mundo. No olvidemos que el teatro de Marcelo y el de Balbo podían dar cada uno de ellos cabida á treinta mil espectadores, el de Pompeyo á cuarenta y á cuatrocientos el gran Circo, ni que las termas de Diocleciano ponían tres mil y dos pilas de mármoles á disposición de los ciudadanos.

Las cuarenta y seis mil seiscientos dos casas particulares y los mil setecientos ochenta palacios, de tanta elevacion que los emperadores tuvieron que prohibir que excediera de sesenta ó setenta piés de altura, estaban divididos en cuatrocientos ochenta y cuatro barrios. Doscientos cincuenta y cuatro molinos y hornos, doscientos sesenta y ocho almacenes, preparaban ó conservaban los víveres necesarios para el abasto público; cuatrocientas cloacas de construcción tan sólida que podía pasar por encima de ellas una carreta cargada de heno, mantenían el aseo de las calles; estaban bajo la inspección de personajes de la más alta categoría, y para limpiarlas se gastaban de una vez hasta la cantidad de mil talentos. Calcúlese por todo esto qué no sería el Capitolio.

Una muchedumbre, que los más moderados hacen ascender á tres millones, y que acudia allí desde todos los países del mundo, había sido hacinada dentro de aquella ciudad inmensa; pero á la sazón se hallaba quizá reducida á dos terceras partes á consecuencia de las calamidades recientes, desde que Roma tenía por rivales, aún no contando Constantinopla, á Cartago, á Tréveris, á Milan y á la pantanosa Rávena.

Pero aquellos palacios del Foro y de la vía Sacra, aquellas basílicas, aquellos templos, de los cuales bastaría uno solo para hacer la gloria de una provincia, tienen por contraste los miserables y retirados aposentos de la fangosa Suburra, los del barrio de las Carenas y las frágiles habitaciones colgadas sobre el Tiber,

que arrastra en su corriente centenares de ellas á cada avenida. Allí es donde habitan poblaciones enteras y diferentes de capadocios, escitas, judíos y una confusa mezcla de todas las razas; de todas las creencias, sin profesion, sin patria, sin nombre.

Pero al presente no tiene ya que ganar la plebe cosa alguna en vender su voto ó en prestar falsos testimonios; Clodio y Catalina no la asalarían ya para que se agite en tumulto; ya no compran sus favores extranjeros monarcas, ni la dejan por herencia reinos enteros; no trae ya consigo el año nuevo las liberalidades de los triunfadores, ni tampoco se cuidan á la sazón los emperadores, ni de su afecto, ni de sus aplausos. Al trasladarse á Constantinopla y á Milan la corte y las numerosas familias senatoriales que la han seguido, han dejado sin pan á una muchedumbre hambrienta y acostumbrada á no vivir más que á su costa. Queda, pues, poseída de desaliento á semejanza del mendigo, que ha consumido en la ociosidad la flor de sus años. Teodosio y Graciano se ven obligados á reprimir la mendicidad que intercepta el paso de las calles; y de la antigua soberbia no quedan más que los vicios fomentados considerablemente por una multitud de personas de todos los países. En tiempo de Teodosio se habían establecido casas de mala nota á la intermediación de ciertos molinos; y los hombres atraídos á aquel punto caían en trampas, forzándoles luego á dar vueltas á la rueda, sin que fuera se volviera jamás á oír hablar de ellos.

Esto acontecía en medio de Roma; y el crimen hubiera permanecido oculto, si un soldado no hubiera tenido la buen estrella de conseguir su salvación por medio de la fuga.

Sin embargo, el pueblo, antiguo soberano del mundo, no había perdido el derecho de ser alimentado gratuitamente, y todos los días se distribuía á los ciudadanos pan á un ínfimo precio, en hornos destinados para este efecto en cada barrio. Añadiase á esto tocino para cinco meses, procedente de los cerdos de la Lucania; distribución que, en tiempo de Valentiniano III, ascendía á tres millones seiscientos veintiocho mil libras; también se distribuía aceite suministrado por el Africa, de valor de tres millones, para el alumbrado y para los baños; por

último, se daba vino á muy bajo precio, producido por las viñas de la Campania.

Aquel populacho, á cuya subsistencia se provee, no por miramientos á su infortunio, sino para que no se lance á desórdenes peligrosos, sin abrigo, sin lecho en que reclinarse, con los piés desnudos y cubierto de harapos, asiste á los circos y á los teatros, se baña en termas dignas de reyes, bebe y juega. Al recibir la infausta noticia de una derrota prorrumpe en desgarradores gemidos, de que ya no conserva memoria al día siguiente; tan luego como se anuncia una victoria, exclama con alborozo: ¡Viva Augusto! ¡Tendremos pan y juegos! porque el pan y los juegos constituyen toda su existencia. En el curso del día acude anhelante á espectáculos, de los cuales no ha podido el cristianismo desterrar la sangre; sobrelleva intrépidamente el sol y la lluvia; ni aún la noche le arroja de aquel punto, y abraza partido por los diferentes colores de los concurrentes con aquel furor que en otros tiempos le hacía declararse en favor de Graco ó de Octavio, de Ciceron ó de Clodio. Tres mil bailarinas y otros tantos músicos hacen la delicia de Roma, y sólo ellos fueron objeto de una excepcion terminante, cuando una gran carestía hizo que fueran desterrados todos los extranjeros, incluso los profesores de las diferentes artes liberales.

Si aún brillaba algun destello de vida en medio de aquella turba viciosa, pusilánime, arrogante, adquiría nacimiento en la enemistad que dividía á los cristianos y á los gentiles. En vez de ponerse unos y otros de acuerdo para la salvación de la comun patria, atribuían los primeros todas las vicisitudes del imperio á la indulgencia de los Césares respecto de los residuos de la idolatría, á la par que los otros hacían votos por el triunfo de los bárbaros con la esperanza de que reconstruirían los derribados altares.

Tal era el estado de las cosas cuando se adelantó Alarico contra aquella ciudad, que no había visto ejércitos extranjeros hacia seiscientos ochenta años, cuando Anibal enarboló las insignias de Cartago delante de la puerta Colina é interceptó toda especie de comunicaciones, tanto con la campiña, como con el Tiber. Los romanos, que nunca habían podido imaginar que un bárbaro llegara á poner asedio á la ciu-